

REVISTA TEOLOGICA



PUBLICACION
DEL

MAR 11 1991

-SEMINARIO
CONCORDIA-

NUMERO 136

-1989-

CONTENIDO

	<u>Página</u>
* EDITORIAL	1
* El Pastor y la Comisión Directiva	3
* Psicología y Tarea Pastoral	6
* Santificación y Cura de Almas	16
* Espíritu Santo y Escatología	21
* Noticias	26
* Bosquejo para Sermones	35

Año 34 - N° 136 - 6/1989.

Santificación y Cura de Almas

Rolando R. Holtz
Pastor en la congregación
"De la Santa Cruz"
Valparaíso - CHILE.

"Cura de Almas" es una de las frases más grandilocuentes que el ministerio pastoral ha heredado del pasado; es, también, una de las que más confunden en nuestro medio cultural. Así, cuando se habla, hoy en día, de "Cura de Almas", a muchos se les forma una imagen de alguien que, agobiado por las necesidades que estrangulan su psiquis: culpa, angustia, ansiedad..., o que hieren su cuerpo: hambre, pobreza, enfermedades... aspira a un mundo "más allá de las nubes", desvinculado de la realidad, que expresa un alejamiento de ella e incluso una aversión a la vida.

Los mismos términos que forman la frase son tan extraños a nuestra cultura secularizada; apuntan a pensamientos y actitudes que no pueden subsistir en contacto con la tierra y su realidad; sugieren un interés en la introspección, a centrar el interés en la vida "interior", más que hacia "afuera", hacia donde se da la "vida de relación" interpersonal y socio-cultural; connotan, también, a alguien "herido", "enfermo" en ese mundo interior que necesita un bálsamo que le alivie los males que le aquejan.

Es así que la frase "Cura de Almas" sugiere a nuestros contemporáneos de la cultura cristiana occidental un "espiritualismo" que la mayoría rechaza, pues se dan cuenta de que el hombre es una unidad de cuerpo y espíritu. Cualquier intento de ayuda a la persona humana, prescindiendo de este hecho, no puede ser útil, sino más bien perjudicial. Thurneysen¹ destacó que la "Cura de Almas" no es una preocu-

1- E. Thurneysen: Rechtfertigung und Seelsorge. In F. Wintzer, Seelsorge, München 1978, 73-94.

pación por el alma del hombre, sino la del hombre como alma; es decir, la ayuda está orientada hacia el interior, al "corazón" del hombre de donde dimana todo lo bueno y malo que tiene² y que lo lleva a pensar, hablar o actuar de determinada forma. Y en este su caminar por la vida necesita a alguien que le cuide en el sentido de mostrarle el camino correcto por el que debe andar.

Cuando la iglesia cumple su misión en plenitud, no sólo se conforma con "hacer discípulos" para Jesús, sino que se esfuerza en "enseñarles lo que corresponde a la santificación; es decir, les ayuda a responder a las iniciativas que Dios toma en sus vidas, a escuchar la voz del Señor en las circunstancias de sus vidas en privado, en las necesidades sociales que se dan alrededor, en las voces de tantas personas con las cuales hay relación, aunque sea superficial. La iglesia debe estar junto al feligrés ayudándolo a reconocer la acción divina, a priorizar las cuestiones según su importancia y a orientarlo para que no se pierda en la irresolución o en la elección errónea.

Este "estar con" de la iglesia se delega en su ministro, quien deberá conocer bien al feligrés, como para poder establecer con él una relación personal, para que, así, pueda reconocer la voluntad del Señor en la situación que le toca enfrentar. Como se puede apreciar, este ministerio conocido como "Cura de Almas" se orienta a ayudar al feligrés para que pueda establecer una relación personal con Dios; no tiene fines interesados ni teorías favoritas de las que dependa su eficacia. El enfoque está siempre puesto en el Señor y en la manera en que él parece relacionarse con el feligrés, pero nunca en ideas o teorías.

La relación que se establece entre el que ejerce la "Cura de Almas" (el 'cura') y el feligrés es de mutua confianza. El primero confía en que el segundo está empeñado en crecer en el Señor y, a su vez, el feligrés confía en que el cura quiere ayudarlo en su propósito. No es una simple conversación entre amigos ni una conversación para recibir un consejo. Hay que insertarla en la Comunidad de la Alianza, en la que el cura representa a la comunidad toda, y a esa comuni-

2- Mt. 12:35.

dad el feligrés le confía su vida interior, no la aísla de ella. Y le da la oportunidad de encarar sus conflictos y abrirse un camino con ayuda de la comunidad; por lo tanto, la autoridad para ejercer el ministerio de la Cura de Almas no proviene de conocimientos ni de talentos, sino de la misma comunidad que la ha delegado en su ministro.

Como ya hemos dicho, la Cura de Almas tiene como meta la santificación: el crecimiento en el Señor. Para facilitar dicho crecimiento, puede el ministro centrarse en las energías o en las debilidades del feligrés. La elección es crucial para el proceso de santificación. Imaginémos a una joven que no soporta a su hermana y va donde el ministro para que la oriente. Puede la relación centrarse en los problemas que presenta la joven o puede centrarse en la integración de dichos problemas cón el contexto de la vida. La primera opción será de centrarse en debilidades; la segunda, en las energías para el cambio, lo que beneficia bastante al feligrés por cuanto dicho proceso integrativo lleva consigo también el aprendizaje de cómo enfrentar futuros problemas, evitándolos o solucionándolos.

La orientación en la energía lleva a que uno se pregunte: ¿Quién soy? ¿Qué es lo que quiero?, lo que tiene como contrapartida en la oración, ¿quién es el Señor para mí? ¿quién soy yo para él? ¿qué quiere de mí? El feligrés ve así el amor del Señor como su propia fuerza, como que lo acepta así como está en su debilidad, y al mismo tiempo lo exhorta a la creatividad. Experimenta el amor y la generosidad del Señor y lo percibe a él como el garante para su propia santificación.

Desde éste núcleo puede crecer una persona y puede hacerlo siempre de nuevo, cada vez que experimenta su pecado y su debilidad. Como se habrá podido apreciar, la fuerza no proviene de la misma persona, sino que, en la oración, el núcleo de energía se ve en el Señor, en su amor, que lo acepta como es; esto lo estimula a asumir las posibilidades, encarándolas.

El peligro que genera la otra opción es el efecto fascinante y hasta morboso que generan los problemas y conflictos; pueden alienar hasta tal punto que jamás surja la pregunta que busca la voluntad del Señor. Si consideramos que la de-

bilidad de una persona puede verse por su falta de creatividad, en su mente estrecha, en su superficialidad, y si aceptamos que nuestra vocación es una compasión amplia y profunda como la del Padre, cualquier falta de hondura o anchura comprensivas es señal de que todavía nos falta más fuerza de parte del Señor, nos falta más de su amor. La fuerza se muestra en una integración creciente; la debilidad, en un desparramo de energías que se puede ilustrar como un constante estado de autodefensa que nos cuida de someternos completamente al Señor de modo de hacer lo que no quisiéramos hacer, pero que él sí quiere que hagamos. La opción por la energía puede ser más larga que la por la debilidad, pero permite que el feligrés sea el mismo con el Señor, que le responde como él es; de aquí brota la creatividad que estimula la santificación.

Pero, ¿cómo saber si el feligrés crece en santidad? Es, sin dudas, una pregunta difícil de responder. La meta de la vida espiritual es un perfeccionarse en la unión con el Señor, pero esta unión no puede verificarse objetivamente: no puede medirse. Penetrar en el proceso de santificación de otra persona es internarse en un territorio desconocido sin mapa. La tradición cristiana ha tomado generalmente como criterios de crecimiento los frutos del espíritu, de los que habla San Pablo en la carta a los Gálatas 5:22-23: "amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio". Tal como están enumerados, fácilmente hacen pensar que se trata de "virtudes consumadas"; sin embargo, en la experiencia bien sabemos que se trata de procesos de desarrollo ondulantes, con avances y retrocesos, que vienen juntos y no por separado, aunque hay algunos frutos del espíritu que pueden desarrollarse más que otros, pero nunca éstos frenan el desarrollo de los otros. El ministro, para poder valorar estos criterios, sólo se puede valer del reconocimiento intuitivo de estos criterios y de su captación intuitiva.

A medida que el proceso de santificación aumenta, aparece otro criterio: es la experiencia de Jesús, la que se muestra en el ser capaz de vivir de acuerdo con las propias convicciones. Como dice Thurneysen³, la Cura de Almas es crítica, crítica contra las convicciones de lo cotidiano, contra las

3- Thurneysen: Id.

pretensiones sociales e incluso religiosas, de las normas y de los roles.

Con estos criterios podrá el ministro saber si es una real santificación la que se desarrolla en el feligrés, o si es más bien un perfeccionamiento egoísta que aparta a la persona de Dios y de su pueblo. La santificación se mostrará hacia la acción. "Por sus frutos los conoceréis"⁴. Normalmente se muestra en la calidad de las relaciones interpersonales, la acuciosidad y esmero que se usan en el trabajo, las decisiones que se toman a diario.

Debido a que la Cura de Almas tiene como objetivo desarrollar y ahondar la unión con Dios, la tarea principal del ministro es facilitar la contemplación; es decir, facilitar la experiencia de que el Señor se le haga real al feligrés y, al mismo tiempo, que él se deje ser auténtico con el Señor; comunicación que se establece entre Dios y el hombre tanto en la oración como en la vida diaria. El actúa para transformar a la persona y llevarla a la madurez de Cristo. Cuando esto se realiza, la labor del ministro será no inmiscuirse en dicho diálogo, pero al mismo tiempo debe facilitarlo; esto es, ayudar a que el feligrés escuche y responda al Señor, antes que centre su interés en sus propios problemas y ansiedades. Cuando se llega a la fase de la contemplación, podría decirse que el feligrés ha entrado a un nivel superior en el proceso de santificación. Quiero aclarar que por contemplación entendemos aquí un dirigir la atención a Dios y a su acción antes que al ego, para que así todo el ser que de a la disposición del Señor para que él actúe en la vida diaria. Con esto quiero dejar en claro que cuando se habla de contemplación, no se piensa en algo extraterreno ni extraordinario ni ilusionista. La contemplación está inserta en la cotidianeidad. Como es obvio, la facilitación de este diálogo profundo con el Señor en la contemplación exige del ministro una actitud tal que suprime toda programación de los encuentros, todo plan de vida o de oración, y a la vez la voluntad de ayudar al feligrés a que se abra voluntaria y activamente al Dios vivo e impredecible.
